

La profecía de la Atlántida

Thomas Greanias

Traducción de Isabel Blanco González



Para Alex y Jake

## Agradecimientos

Gracias a Emily Bestler, mi editora, a Sarah Branham y al resto de la familia de Atria y Pocket. Muchas gracias a ciertas hijas de la francmasonería y de oficiales de las Fuerzas Aéreas, a ciertos columnistas sindicados de Washington y a ciertos congresistas y funcionarios de la Casa Blanca. Gracias en especial a los docentes y al personal de Mount Vernon, de la Biblioteca del Congreso del Capitolio de los Estados Unidos y del Archivo Nacional, por su generosa ayuda y su destacada labor como servicio público; son ustedes un tesoro nacional. Y, sobre todo, gracias a mi hijo Alex, delegado de los alumnos en su escuela elemental, por su investigación sobre Benjamin Banneker y por su ejemplo en la búsqueda de los intereses no solo de sus amigos y de su hermano pequeño, Jake, sino de cualquiera en su etapa escolar. América necesita más líderes como tú.

«Lo único nuevo en este mundo es la historia que  
no conoces.»

—Harry S. Truman  
33.º presidente de los Estados Unidos,  
francmasón de grado 33



Lat. Capitol 38. 53. N.  
Long. 0. 0.



Prólogo

14 de diciembre de 1799

## El distrito federal

Cinco soldados de la Armada Provisional de los Estados Unidos se detuvieron bruscamente en el muelle de Georgetown y desmontaron de sus caballos. Había dejado de caer aguanieve, pero aún hacía un frío tremendo. El oficial al mando observó el Suter's Tavern, al otro lado del río. Se oía ruido de música a pesar de estar bien entrada la noche. Solo un farol se estremecía al viento a la altura de la ventana central del segundo piso.

Era la señal.

El hombre al que perseguían estaba dentro.

El oficial hizo una seña a sus hombres. Se movieron deprisa, en fila india, en dirección a la puerta. Sus botas chapoteaban en el agua de los charcos en los que se reflejaba la luz de la luna, y sus bayonetas iban caladas, relucientes, al final de los mosquetes. Dos soldados dieron la vuelta para tomar posiciones en la parte trasera, la cocina. Los otros dos llamaron a la puerta principal con las culatas de los mosquetes.

—¡Abran la puerta en nombre de los Estados Unidos de América!

Por el resquicio de la puerta entornada asomó el rostro de un niño pequeño que, inmediatamente, se echó atrás, alarmado ante el empuje de los soldados. Los treinta juerguistas más o menos que había en la taberna se quedaron helados en sus sillas, con las jarras de cerveza en alto y las bocas abiertas. La música



cesó y solo el crepitar del fuego de la chimenea interrumpió el brusco silencio.

El oficial al mando, alrededor de una cabeza más alto que cualquiera de los hombres que estaban allí, agarró al chico por el cuello de la camisa y preguntó en tono exigente:

—Buscamos a un esclavo fugado, un cocinero que se hace llamar Hércules.

Hércules estaba en la cocina, cortando cebolla para servir por última vez su famoso estofado. Llevaba el tieso y oscuro pelo pegado al cuero cabelludo, tirante, atado en una coleta. Normas de la casa. Pero se había negado a afeitarse la barba. Mientras el estofado rompía a hervir, se dio cuenta de pronto de que no se oía ruido en la taberna. Afinó el oído.

La puerta de la cocina se abrió y, en un abrir y cerrar de ojos, entraron cuatro casacas verdes. El oficial al mando, que se identificó como el mayor Cornelius Temple del Ejército Provisional de los Estados Unidos, gritó:

—¿Quién de vosotros es Hércules?

Hércules se quedó de piedra. Igual que el resto del personal de la cocina, todos esclavos. Ninguno abrió la boca, pero sus miradas ansiosas se dirigieron hacia él.

Había sido un esclavo toda su vida, hasta el momento en que escapó de su amo dos años atrás. Desde entonces se las había apañado trabajando como cocinero, tras perfeccionar sus famosos platos sureños en las casas que el general tenía en Nueva York, Filadelfia y Virginia. Jamás se habría escapado si su tarea hubiera sido solo cocinar en casa de su amo. Pero su amo lo obligaba a llevar a cabo otras misiones..., además. Misiones secretas, peligrosas. Y, por fin, el pasado lo alcanzaba.

Solo que no esperaba que ocurriera tan pronto.

Hércules dejó el cuchillo de cocina sobre la mesa y dio un paso adelante, rogando por que los soldados no buscaran aquella noche más que a un esclavo fugado y no el secreto que su amo había enterrado con él años atrás.

El mayor le miró por encima del hombro.

—Ven con nosotros, esclavo.

Hércules era de estatura mediana, pero tan musculoso como su famoso tocayo. De pie, orgulloso, miró al oficial al mando directamente a los ojos. La casaca verde le llegaba por las rodillas, y tenía las solapas y los puños amarillos. El chaleco era blanco, de una sola fila de botones, también blancos. La charretera blanca del brazo derecho indicaba su rango. Pero era el sombrero negro, de tres picos, lo que dejó paralizado a Hércules. En concreto, la diminuta y fascinante insignia plateada.

Pertenecía al Regimiento de los Hombres del Rifle.

Hércules comprendió entonces que estaba en manos de asesinos sancionados por el nuevo gobierno federal. Conocía la reputación del Regimiento de los Hombres del Rifle. A primeros de ese mismo año, el Congreso había autorizado la formación de una unidad de francotiradores especializados que usaban tácticas poco convencionales. «Los primeros en el campo de batalla, y los últimos en abandonar»; ese era su lema, y sus tácticas provenían en su mayor parte de la infantería ligera e incluso de los indios nativos. Eso quedaba claro con solo mirar el cinturón del mayor del que, aparte de la cartuchera y los diminutos bolsillos de piel donde encajar las balas, colgaban además un *tomahawk* y un cuchillo de cortar cabelleras.

Hércules no se resistiría al arresto, aunque solo fuera por el bien de los demás esclavos.

Se volvió para abrir un armario y oyó el *clic* de un mosquete pegado a su sien.

—Espacio, esclavo.

—Solo quiero mi abrigo.

Lentamente, Hércules sacó el abrigo de lana de espiga con botones color marfil de la percha. El material estaba tan finamente tejido que tenía un aspecto lustroso.

El joven soldado soltó el gatillo y bajó su modelo especial de Charleville francés. Pero antes de que pudiera terminar de abrocharse el abrigo, la culata de otro mosquetón golpeó a

Hércules a un lado de la cabeza, cayendo al suelo y quedando a gatas.

—Te has escapado con ese abrigo, ¿eh? —soltó el mayor mientras le daba un golpe en el torso como si fuera un animal.

Hércules conocía las normas. El mayor no albergaba en sus entrañas ningún sentimiento hacia él: ni negativo, ni positivo. Sencillamente, tenía que hacer de él un ejemplo para cualquier otro esclavo de aquella cocina que quizás, algún día, quisiera escapar.

—Lo he comprado con mi dinero, señor —consiguió decir Hércules antes de que cuatro fuertes brazos lo sacaran de la cocina a empujones.

—¡Es un hombre libre por la ley de Pensilvania! —gritó otro de los cocineros.

—Pero ya no estamos en Pensilvania —soltó el mayor, mientras dejaba que la puerta se cerrara de golpe tras él.

Un bote y cuatro remeros los esperaban en el muelle. Las aguas heladas del Potomac golpeaban los laterales. Volvía a caer aguanieve y aún más fuerte que antes. Los soldados empujaron a Hércules a popa. Segundos más tarde, estaba sentado entre dos de ellos y frente al mayor y los dos restantes, navegando en medio de la oscuridad.

—El general te está buscando, esclavo.

Hércules tembló. El general, su amo, era un hombre justo y un gran líder. Pero había cargado a Hércules con secretos demasiado pesados para un patriota americano, y no digamos para un simple esclavo.

*Por favor, Dios, no permitas que se trate del globo.*

Hércules contempló la fachada blanca del palacio presidencial al pasar. Hacía siete años que se había construido, pero aún no había sido ocupado. El presidente Adams vivía en Filadelfia con su familia. Allá lejos, en la distancia, se distinguía el monte Jenkins, con el nuevo edificio del Capitolio de los Estados Unidos, o al menos parte de él, en la cima.

El general le había contado una vez que, hacía más de un siglo, aquel monte se llamaba monte de Roma y el río Potomac

se llamaba Tiber porque su propietario, un hombre llamado Francis Pope, soñó que un día, sobre esa ribera, se levantaría un imperio que rivalizaría con la antigua Roma. Pero lo único que Hércules podía ver era un cenagal, edificios a medio construir y tocones de árboles a lo largo de lo que se suponía sería una grandiosa avenida, la avenida de Pensilvania, que conectaría el gran palacio presidencial blanco con lo que, en ese momento, llamaban la colina del Capitolio.

Los remeros remaban vigorosamente, había trozos de hielo flotando por el río que chocaban contra los laterales del bote. Hasta el mayor tuvo que coger un remo. Al principio, Hércules se preguntó por qué no lo obligaban a remar a él también, pero luego se figuró que no iban a darle un remo a un esclavo fugado para que los amenazara con él.

Hércules alzó las solapas del abrigo al sentir el aguanieve cayéndole en la cara. Notaba sobre sí la mirada del mayor, cuyo abrigo no era tan grueso. Pero se lo había pagado con su propio dinero, al igual que los pantalones sastre de lana y los zapatos de hebilla. El general le había dado permiso para cocinar fuera de su casa de Filadelfia, en las tabernas de los alrededores, y ganarse así un dinerillo extra. Se gastaba la mayor parte de ese dinero en ropa elegante que, invariablemente, ofendía a los soldados del general, que ni estaban tan bien pagados, ni vestían tan bien.

Por fin cesó de caer aguanieve y el bote llegó a la orilla contraria. Los soldados lo sacaron y lo escoltaron hacia los escalones que subían por la colina en dirección a la propiedad del general.

Mount Vernon resplandecía de luz. Había antorchas por todas partes. Hércules vio carruajes y jinetes por el patio mientras se dirigían a la entrada de servicio. Un correo pasó galopando, gritándoles que se apartaran de su camino, y casi los atropelló.

Dentro de la mansión, al pie de las escaleras de servicio, Hércules esperó junto a varios grupos de ciudadanos y oficiales, preguntándose qué hacía él entre gente tan distinguida. El

médico personal del general, el larguirucho doctor Craik, intercambiaba insultos en voz baja con el corpulento sacerdote católico. Hércules no podía oír lo que decían, pero se sentía violento ante las curiosas miradas de los demás. Todos parecían compartir algún terrible secreto desconocido para él.

Minutos más tarde, un hombre demacrado al que Hércules reconoció como el jefe del Estado Mayor, el coronel Tobias Lear, bajó penosamente las escaleras. Observó con ansiedad cómo el grupo se alejaba mientras se le acercaba el coronel. Viendo que no tenía modo de escapar, los escoltas que lo habían llevado allí lo soltaron y dieron un paso atrás.

Lear lo miró de arriba abajo, diciendo:

—¡Dios mío! ¡Pero hombre!, se suponía que tenían que traerte aquí, no dejarte sin sentido.

Hércules no comprendió a qué se refería Lear, ni comprendió tampoco su expresión al observar al mayor, cuyo rostro permaneció inmutable.

—Me han tratado peor —dijo Hércules.

Lear miró a su alrededor, buscando al doctor Craik, pero este seguía enzarzado con el sacerdote. Entonces sacó un pañuelo y le tocó suavemente la sien. Cuando retiró la mano, Hércules vio el pañuelo manchado de sangre. De inmediato pensó muy preocupado en su abrigo, dirigió la vista hacia abajo y comprobó, aliviado, que no se había manchado.

—Su excelencia te verá ahora —dijo el coronel Lear.

Hércules volvió la vista atrás, hacia los escoltas, y siguió a Lear escaleras arriba. Lear se detuvo ante la puerta del dormitorio del general.

—Agárrate, amigo —comentó Lear mientras abría la puerta.

Por fin Hércules vio con sus propios ojos la causa de todo aquel griterío: allí, tumbado en la cama, retorciéndose de dolor y luchando por respirar, yacía el general George Washington, el primer presidente de los Estados Unidos de América y, en aquel momento, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Tenía una cinta atada alrededor del brazo, y de su vena salía una espesa sangre.

*Lo están desangrando*, pensó Hércules. *Mala señal.*

Su mujer, Martha, estaba sentada a los pies de la cama, llorando. Al ver a Hércules se levantó y sonrió débilmente. El joven Christopher, sirviente personal del general, la sacó del dormitorio y cerró la puerta, poniendo buen cuidado en no dirigir la vista ni una sola vez hacia el cocinero. La expresión de culpabilidad de su rostro le hizo preguntarse si no habría sido él quien lo había delatado y le había contado a Washington dónde estaba.

—El general ha preguntado por ti —dijo Lear, una vez que se quedaron solos—. Como ves, se está muriendo.

*¿Cómo puede estar ocurriendo algo así?*, se preguntó Hércules. La última vez que había visto a su amo tenía un aspecto más robusto y regio que cualquier hombre de sesenta años que hubiera visto jamás. Y eso había sido poco antes de escapar. El terror se apoderó de su corazón mientras se acercaba a la cama, ansioso por saber qué castigo tenía reservado su amo para él.

—Amo Washington —dijo Hércules—, no pretendía faltarle al respeto. Solo quería ser libre como dijo usted que permitía la ley de Filadelfia.

—Tranquilo, Hércules —comentó el coronel Lear—. Su excelencia comprende las razones de tu marcha y se disculpa por la brusca forma de traerte aquí. Quiere que sepas que todo queda perdonado. Pero quiere pedirte un último favor, no como esclavo, sino como hombre libre y patriota. Según parece, eres la única persona en la que está dispuesto a confiarlo.

Atónito, Hércules se enderezó en toda su estatura, con una mezcla de orgullo y miedo embargando su corazón. Durante años, el general le había confiado su vida al menos cada vez que se metía el tenedor en la boca, igual que los faraones de Egipto confiaban en sus probadores de comida, paranoicos ante los conspiradores dispuestos a envenenarlos. Pero aquello era diferente.

Washington trató de hablar, pero solo eso constituía toda una lucha, por lo que Hércules tuvo que inclinarse y prestarle buen oído.

—La república necesita tus servicios —jadeó Washington con una voz ronca, y tan baja y rota que Hércules apenas podía entenderle. Olía los vapores a vinagre, a melaza y a mantequilla en el aliento del general—. Y yo te estaría muy agradecido.

Hércules se inclinó otro poco más.

—Amo Washington, yo no quiero volver a meterme en esas cosas más.

El general, no obstante, pareció no oírlo, porque hizo un gesto hacia el coronel Lear, que le tendió un sobre a Hércules.

A pesar de las protestas, Hércules tomó el sobre amarillento sobre el que podían leerse, en mayúsculas, ocupando todo el espacio, las palabras «OBSERVADOR DE LAS ESTRELLAS». Como la mayoría de los esclavos de Washington, Hércules no sabía leer, y a menudo se preguntaba si era esa la razón por la que el general le confiaba semejantes empresas. Sin embargo, sí conocía muy bien aquel nombre en clave.

Entonces el coronel Lear le preguntó:

—¿Conoces el nombre cristiano de ese patriota, de ese agente cuyo nombre en clave es «Observador de Estrellas»?

Hércules sacudió la cabeza en una negativa.

—Ni yo, y sé más sobre los papeles militares del general que nadie —añadió Lear—. Pero sabes dónde encontrarlo, ¿no?

Hércules asintió.

—Bien, pues. Dos de los oficiales del general te escoltarán hasta el bosque fuera del distrito federal. Una vez allí, tomarás la ruta que tomas siempre que haces estos encargos para el general y entregarás el sobre a su destinatario.

Hércules se guardó el sobre en el abrigo, consciente de la angustiada mirada de Washington, que no lo perdía de vista. El general prefería que sus espías llevaran los mensajes secretos escondidos bajo la planta del pie, por dentro de la bota. Pero aquella noche Hércules llevaba los zapatos de hebilla que el general consideraba mucho menos seguros, así que no le quedaba otra opción.

—Una cosa más —dijo Lear, enseñándole una daga metida en su funda—. Como detalle en compensación por tus servicios, el general quiere que tengas esto. Es una de sus favoritas. Parece ser que durante la revolución demostraste ser muy bueno con los puñales.

Hércules tomó la daga. Grabados en el mango había un montón de símbolos que jamás comprendería pero que, después de décadas al servicio del general, reconocía como pertenecientes a los Masones. Deslizó el cuchillo por dentro del abrigo y se lo guardó sujeto al cinturón, por detrás.

El general pareció aprobar el gesto e intentó decir algo. Aspiró, tratando de respirar, e hizo un ruido con los pulmones que asustó a Hércules.

—Hércules —jadeó—, hay un demonio al que temo, y son sus espías. Ya sabes a quiénes me refiero.

Hércules asintió.

—Entrega la carta —continuó Washington, cuya voz perdía fuerza—. Libra a la República de ese demonio. Preserva el destino de América.

Hércules se alzó y miró a Lear.

—Ya tienes tus órdenes de su excelencia, el general George Washington, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos —dijo Lear—. Y ahora, en marcha.

Hércules inclinó la cabeza en señal de respetuosa despedida y salió del dormitorio justo cuando el doctor Craik y otros dos médicos más se apresuraban a entrar con Martha. Mientras corría escaleras abajo y salía a la amarga noche, medio aturdido, oyó los llantos de los sirvientes, que gritaban:

—¡El amo Washington ha muerto! ¡El general ha muerto!

Fuera se entregaban ya los despachos referentes a la muerte del general a los correos que debían llevarlos al presidente Adams y a los generales Hamilton y Pinckney.

Dos soldados de confianza, mientras tanto, le esperaban, preparados con los caballos. Hércules recordó vagamente sus



rostros. Uno de ellos era un antiguo hijo de la libertad. El otro era un asesino y uno de los primeros miembros del Culper Spy Ring que había ayudado a Washington a luchar contra los británicos en Nueva York. Nadie dijo una palabra. Hércules alzó una pierna por encima del caballo de color castaño y todos salieron galopando, alejándose rápidamente de Mount Vernon.

Evitaron los caminos principales y se dirigieron al norte, atravesando las afueras de Alexandria, atajando entre granjas y huertos en un recorrido en forma de arco hasta llegar a un recodo del Potomac, donde cruzaron el río por un puente de madera varias millas al oeste de Georgetown. Diez minutos más tarde, llegaron al lindero del bosque que marcaba el límite del distrito federal y Hércules detuvo el caballo.

—¿A qué estás esperando? —preguntó el antiguo hijo de la libertad.

Hércules dirigió la vista al bosque. Siempre le habían asustado los árboles retorcidos y los sonidos extraños, incluso desde mucho antes de aquella terrible noche en que el general y él enterraron el viejo globo.

*¡Dios mío, aquí no! ¡Por favor, no me hagas volver aquí!*

Recordó las historias sobre los antiguos indios algonquinos que el viejo Benjamin Banneker, el astrónomo *negro* del amo, solía contarle mientras el general se guiaba por las estrellas para definir los límites del distrito federal. Según Banneker, mucho antes de que los europeos colonizaran el nuevo mundo, los algonquinos convocaban grandes concilios tribales tanto en la base de la colina de Jenkins, donde habían construido el edificio del Capitolio, como en los barrancos de los límites de ese bosque. Lo que hacían los algonquinos en esos concilios era algo que Banneker no le había contado. Pero sí le había dicho que estaban ligados a la antigua cultura maya, según demostraban los restos arqueológicos y que, decía la leyenda, eran descendientes de los atlantes. Los jefes de la tribu primigenia, los indios montauk, eran conocidos como los «faraones», igual que sus antiguos primos egipcios, diez mil años antes. Banneker le había contado también que

«faraón» significaba `hijo de la estrella´ o `hijos de las estrellas´.

Hércules alzó la vista al cielo. Las nubes se habían separado formando un marco alrededor de la constelación de Virgo. Un escalofrío le recorrió los huesos. Sabía que, al trazar el plano de la nueva capital a semejanza de la constelación, el general pretendía atraerse la bendición de la Virgen Bendita del firmamento sobre la nueva República. Pero a él esos misterios lo asustaban casi tanto como las palabras «faraón» o «hijo de la estrella».

Fueron los esclavos los que construyeron las pirámides de Egipto. ¿Ocurriría lo mismo en América?

—En marcha —ordenó el soldado asesino.

Hércules guió a su escolta militar por el bosque. Durante unos minutos, estuvo escuchando el crujir de las hojas bajo los cascos de los caballos, deambulando y haciendo eses por entre los árboles a la luz de las estrellas. Algunas ramas desnudas lo rozaron al pasar.

—«He pasado ya por demasiados peligros, trampas y esfuerzos» —comenzó Hércules a cantar, repitiendo su verso favorito de la canción *Amazing Grace*—. «La gracia me ha traído sano y salvo hasta aquí, y la gracia me llevará de vuelta a casa».

Trató de no pensar ni en las historias de otros mundos de Banneker ni, Dios mediante, en la cueva y el globo secreto que contenía el secreto más grande de todos. Mientras cantaba, miraba inquieto de un lado a otro y observaba las sombras bailar a su alrededor. Entonces oyó romperse una ramita y se paró.

Dirigió la vista atrás, hacia los dos caballos de la escolta militar, en medio de la oscuridad. Pero solo vio a un jinete: el asesino. En ese momento sintió el cañón de un arma apuntándole en la espalda, y luego oyó la voz del otro escolta, el antiguo hijo de la libertad, diciendo:

—Baja del caballo, esclavo.

Lentamente, Hércules desmontó y se volvió. Los dos soldados, ya de pie delante de él, le apuntaban con sus armas.

—El mensaje —exigió el asesino—. Dámelo.

Hércules vaciló, pero no dejó de observar en ningún momento el largo cañón del arma francesa.

—¡El mensaje, esclavo!

Con cuidado, Hércules se metió la mano por dentro del abrigo y sacó la carta. Se la entregó al antiguo hijo de la libertad, que la observó por un momento y luego se la pasó al asesino.

—¿Quién es el Observador de Estrellas?

Hércules no dijo nada.

—Dímelo, o mataremos a toda tu familia, empezando por tu hija bastarda de dos años. Sabemos dónde encontrarla. Vive con su madre en Filadelfia, así que, vamos, ¿quién es el Observador de Estrellas?

—No... no lo sé —contestó Hércules.

El rostro del asesino se tiñó de rojo por la ira. Colocó el final del cañón de su arma sobre la sien de Hércules, y preguntó:

—¿Cómo puede ser que no lo sepas, esclavo?

—Porque... por... porque —tartamudeó Hércules— porque aún no ha nacido. Ni nacerá hasta dentro de mucho tiempo.

—¿Qué tonterías son esas? —siguió preguntando el asesino, volviendo la vista hacia su compañero por un momento y torciendo el gesto en dirección a Hércules—. Dame tu abrigo.

Hércules dio un paso atrás, furioso.

—¡Ahora, o te lo agujereo!

Sacudió la cabeza, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo.

—La República...

—La República morirá esta noche con el general, su esclavo y ese Observador de Estrellas —lo interrumpió el asesino—. Y ahora, dame mi abrigo.

—¿Tu abrigo?

—Exacto, esclavo, mi abrigo —confirmó el asesino.

Hércules sintió entonces aquella calma que a menudo lo embargaba en los momentos de mayor peligro, cuando se veía obligado a revelar su verdadero rostro, oculto tras la máscara del miedo. Mientras comenzaba a quitarse el abrigo, con la

mano que le quedaba libre desenvainó la daga que le había dado el general. Luego sostuvo el abrigo por delante.

—¡Tíralo al suelo, esclavo!

Lo mismo podía haberle ordenado que tirara al suelo la bandera de los Estados Unidos. Hércules había trabajado demasiado duro para comprarse ese abrigo; no estaba dispuesto a desprenderse de él con tanta facilidad, sobre todo porque, al final, de todos modos, aquellos soldados lo matarían. Demasiadas comidas había preparado para los soldados americanos, demasiados sacrificios había hecho por sus hijos y por los sueños del general de una nación libre para los hombres y mujeres de todas las razas y credos como para ceder.

*¡Cualquier cosa, señor, menos el abrigo!*

—¡Por última vez, esclavo, tíralo al suelo!

—Al suelo no —dijo Hércules—. Se le ensuciaría su abrigo, señor.

Arrojó el abrigo al aire en dirección al soldado. Por unos segundos, el soldado permitió que su mano, cargada con el arma, se desviara hacia el cielo para cazar el abrigo al vuelo, y Hércules aprovechó ese instante para volverse y degollar al soldado que tenía detrás. La daga se hundió lentamente en la garganta después de tropezar con la yugular. Antes de que el hombre cayera al suelo, Hércules dirigió la daga hacia el asesino que sostenía ya su abrigo. Le clavó la hoja del puñal en el pecho. El soldado se tambaleó hacia atrás, dándose contra el tronco de un árbol. El arma se disparó sin blanco fijo mientras el soldado caía al suelo.

Una diminuta nube de humo salió del arma y voló por el aire mientras Hércules se acercaba al asesino, de cuya boca salía sangre a borbotones y cuyos ojos estaban muy abiertos, con una expresión de sorpresa y miedo. Le sacó la daga del pecho. El asesino abrió la boca para gritar, pero solo logró emitir un leve silbido mientras se le escapaba el aliento de la vida.

—Mi abrigo, señor.

Hércules recogió el abrigo, montó a caballo y alzó la vista a la constelación de Virgo, la Virgen Bendita, que lo observaba desde las alturas. Guardó la carta para el Observador de Estrellas por dentro del abrigo y se lo abrochó. Luego espoleó al caballo hasta hacerlo reaccionar y galopó en la negra noche hacia el destino de América.

Primera parte

En la actualidad

Cementerio nacional de Arlington,  
Arlington, Virginia

Conrad Yeats guardó una distancia de tres pasos en pos del ataúd envuelto en una bandera. Seis caballos tiraban de la caja hacia la tumba y sus cascos retumbaban como metrónomos cósmicos sobre el pesado aire. Cada sonora pisada proclamaba el paso del tiempo, la brevedad de la vida. En la distancia, un rayo atravesó el oscuro cielo. Pero seguía sin llover.

Conrad dirigió la vista a Marshall Packard. El secretario de Defensa caminaba junto a él mientras sus agentes del Servicio Secreto iban unos pocos pasos más atrás, con los demás desolados asistentes de todas las ramas de las Fuerzas Armadas Americanas, todos listos para sacar el paraguas. Packard había hecho poco antes un emocionado elogio de su antiguo piloto, «el Griffter», en la capilla militar situada sobre la loma. Pero lo que había olvidado mencionar, y eso Conrad lo sabía muy bien, era que detestaba la bravuconería del Griffter. Ambos hombres habían sostenido una fuerte discusión a propósito del inusual papel que había jugado Conrad en el Pentágono años atrás, papel que había supuesto identificar objetivos secretos para los misiles crucero americanos: instalaciones militares y nucleares bajo tierra en el Oriente Medio, que los enemigos de América habían construido bajo enclaves arqueológicos con el objeto de proporcionarse una buena protección. Packard no podía creer que Conrad, el más destacado experto internacional en arquitectura megalítica, estuviera dispuesto a arriesgar los tesoros más antiguos de una

civilización. Y el Griffter no podía creer que Packard estuviera dispuesto a arriesgar vidas americanas para preservar unas cuantas piedras que ya habían proporcionado a los arqueólogos como Conrad toda la información sobre la cultura muerta que los había erigido. El conflicto había terminado con un ataque aéreo abortado sobre el zigurat de Ur, en Iraq, y la revocación de la autorización de seguridad de alto secreto de Conrad por parte del Departamento de Defensa.

—No es muy habitual enterrar a un soldado cuatro años después de su muerte —comentó Conrad.

—No, no lo es —contestó Packard con calma, en contraste con la conocida incansable pasión del piloto fallecido—. Ojalá no hubiéramos tardado tanto, pero tú eres el único que conoce el extraordinario modo en que tu padre encontró la muerte.

—No era mi padre biológico, fui adoptado.

Conrad podría haber dicho muchas cosas más, pero al fin y al cabo ninguna de ellas habría sido de utilidad. Por ejemplo, y en especial, podría haber hablado sobre aquel funeral, en cuyos planes él no había tomado parte. O sobre la lápida que su padre había elegido antes de morir y que el Pentágono no le había dejado siquiera ver. Y, sobre todo, podría haber hablado acerca del hecho, del que Conrad estaba seguro de que el hombre al que estaban enterrando no era su padre.

—Ven a mi paso, hijo —dijo Packard mirando a derecha e izquierda—. ¿Lo mataste tú?

Conrad miró directamente a los ojos a Packard, el hombre al que había llamado «tío MP» cuando era niño y al que había temido más que a nadie en el mundo, a excepción de su padre.

—Fue tu gente la que hizo la autopsia, ¿no, señor secretario? ¿Por qué no me respondes a eso tú a mí?

Ninguno de los dos volvió a hablar mientras bajaban de la loma a la tumba.

Conrad sospechaba que el Departamento de Defensa había gastado decenas de millones de dólares del contribuyente americano durante los últimos cuatro años para localizar los restos del general de las Fuerzas Armadas Americanas Griffin Yeats. Y



todo con la vana esperanza de descubrir qué había pasado con los otros miles de millones más que su padre había despilfarrado en una oscura misión en la Antártida, en la cual habían muerto docenas de soldados de distintos países.

Lo que Conrad y su padre habían hallado no era otra cosa que la civilización perdida de la Atlántida. Y justo cuando estaban a punto de descubrir sus secretos, aquel mundo arcaico había sido destruido en una explosión brutal que, supuestamente, también había matado a su padre, hundido una capa de hielo del tamaño de California y provocado un tsunami en Indonesia que, a su vez, había acabado con miles de personas.

La única superviviente de la desgraciada expedición a la Antártida, aparte de él, había sido la hermana Serena Serghetti, la famosa lingüista del Vaticano y activista medioambiental. Pero la increíblemente bella hermana Serghetti o «Madre Tierra», como la llamaban los medios de comunicación, se había negado a hablar acerca de la Antártida o de las civilizaciones perdidas con ningún representante de los Estados Unidos o de la ONU. Y también se negaba a dirigirle la palabra a él.

Allí terminaba por fin el largo y amargo camino, en la tardía ceremonia del funeral de un general más temido que venerado, con un cuerpo que, finalmente, le permitía al Pentágono salvar las apariencias y enterrar el asunto con todos los honores militares.

Ante la tumba había un capellán de las Fuerzas Armadas de cabello cano, con la Biblia abierta en la mano.

—«Yo soy la resurrección de la vida» —decía, citando palabras de Jesús y mirando directamente a Conrad a los ojos—. «El que cree en mí, aunque muera, vivirá».

Seis cazas a reacción Ángel Azul sobrevolaron sus cabezas en formación. Al alzar el vuelo en el cielo oscuro, el rugido de sus estelas con los colores del arco iris se desvaneció y un silencio de ultratumba descendió sobre ellos.

Mientras observaba cómo levantaban la bandera del ataúd y la doblaban, Conrad recordó su infancia en el colegio, cuando su padre era solo un piloto de pruebas como muchos de los padres

de otros niños de la base. Cada dos por tres se producía un chisporroteo o un estallido, y todos los niños dejaban de jugar y escuchaban el largo silbido, esperando oír el zumbido del techo de la cabina que salía volando. Era fácil adivinar quién volaba aquel día: bastaba con mirar los rostros de los compañeros. El noventa y nueve por ciento de las veces se veía un paracaídas abierto. Pero si no era así, dos días más tarde estabas de pie en un funeral exactamente igual a este, contemplando cómo la madre de tu amigo recibía una bandera y él desaparecía para siempre de tu vida.

*El milagro, pensó Conrad, era que él hubiese tardado tanto en ver llegar ese momento.*

Packard le tendió a Conrad el premio de la Legión al Mérito, la medalla Corazón Púrpura, otra extraña medalla de la Sociedad de los Cincinnati y la bandera que cubría el féretro, doblada meticulosamente formando un triángulo de estrellas y tan tiesa y blanca, en contraste con el azul marino, que casi relucía.

—En nombre de una América agradecida —dijo Packard—, con nuestras condolencias.

El opresivo ambiente quedó súbita y violentamente roto por el estallido de la primera de las tres salvas que disparó el escuadrón de siete miembros.

Se oyó el toque de un corneta solitario, y Conrad contempló cómo el féretro descendía bajo tierra. Estaba enfadado, se sentía vacío, perdido. A pesar de sus dudas acerca del hecho de que su padre estuviera en ese féretro, de sus sospechas acerca de toda esa ceremonia, a la que no consideraba sino como una charada, como otro intento más de cerrar de una vez por todas una desgraciada misión, el peso de la muerte de su padre recaía por fin sobre él, y su sentimiento de pérdida era más profundo de lo que esperaba.

A menudo, su padre hablaba de compañeros astronautas del *Apolo* que habían ido a la Luna y, a su regreso a la Tierra, sentían que la vida civil era insulsa. Por fin, Conrad comprendía a qué se refería. Todo lo que Conrad había estado buscando durante toda su vida lo había descubierto en la Antártida. Incluyendo a Serena. Y todo lo había perdido.

Lejos quedaban los días en que, como arqueólogo de fama internacional, su filosofía deconstructivista causaba el caos y los medios se apresuraban a cubrir los puntos más calientes del planeta. Para Conrad, los monumentos antiguos no eran tan importantes como la información que podían procurarnos acerca de sus constructores, y ese punto de vista había provocado un gran revuelo.

Lejos quedaba también su excelente reputación académica tras las desastrosas excavaciones de Luxor y de la Antártida, a la que había vuelto poco después para descubrir que todo rastro de la Atlántida se había desvanecido.

Y lejos quedaba, por último, su relación con Serena, la única ruina de su vida que verdaderamente le preocupaba.

Alguien tosió y Conrad alzó la vista justo a tiempo de ver cómo el capellán daba un paso atrás, descubriendo la lápida de su padre, detrás, al movérsele las vestiduras como si se tratara de una cortina.

La vista le arrebató el aliento.

Como muchas de las viejas lápidas de aquel cementerio, la de su padre tenía la forma de un obelisco exactamente igual al del Monumento a Washington, de un metro setenta de altura, que se veía en la distancia. El de su padre medía algo más de noventa centímetros. Cerca del vértice, inscrito en un círculo, había una cruz cristiana. Y bajo ella podían leerse las palabras:

GRIFFIN W. YEATS  
GENERAL DE BRIGADA  
DE LAS FUERZAS AÉREAS AMERICANAS  
NACIDO EL 4 DE MAYO DE 1945  
MUERTO EN ACTO DE SERVICIO  
ANTÁRTIDA ORIENTAL  
21 DE SEPTIEMBRE DE 2004

A diferencia de los demás obeliscos de Arlington, sin embargo, aquel tenía grabadas tres constelaciones a un lado y, al otro, una extraña secuencia de números que Conrad no podía leer

desde donde estaba. Aquellos dibujos eran sin duda muy extraños, y no obstante le resultaban familiares. Conrad había tropezado con un obelisco similar en la Antártida cuatro años atrás.

Contemplar la lápida le produjo una incómoda sensación en la espina dorsal.

Tenía que ser un mensaje de su padre.

Su corazón comenzó a galopar al pillar a Packard observándolo. Otros asistentes al funeral lo observaban también. Entre ellos, Conrad reconoció, aunque tarde, los rostros de cinco especialistas sénior en descifrar códigos y dos expertos en negociación de rehenes, todos del Pentágono. Entonces cayó en la cuenta: aquel funeral no era para su padre, ni su propósito era guardar las apariencias de cara a la galería para limpiar el nombre del Departamento de Defensa. Era para él. Era una especie de trampa.

*Están evaluando mi reacción.*

Conrad sintió la necesidad de luchar a toda costa, pero mantuvo una invariable cara de póquer durante el resto de la ceremonia. Al terminar, la gente se dispersó y unos pocos turistas bajaron por la colina desde la Tumba del Soldado Desconocido para observar a cierta distancia cómo se alejaba el coche fúnebre de caballos. Ante la tumba quedaron solos Packard y él, junto con un joven que a Conrad le resultó vagamente familiar.

—Conrad, quiero que conozcas a Max Seavers —dijo Packard—. Va a sustituir a tu padre en la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa, la DARPA.

La DARPA era la organización de desarrollo e investigación del Pentágono. Entre otras cosas, tenía el honor de haber inventado tecnología en su día secreta, como el sistema de posicionamiento global e Internet. La misión de la DARPA consistía en mantener la superioridad tecnológica de América y prevenir cualquier intento de aventajarla por parte de cualquier otro país del planeta. Y con esa misión habían mandado hacía años a su padre y, finalmente, a él mismo, a la Antártida.

Conrad miró a Seavers y recordó de pronto dónde había visto antes esos rizos rubios, ese mentón con hoyuelos y esos penetrantes ojos azules. Seavers, que apenas llegaba a los treinta, era el Bill Gates de la biotecnología y el personaje de referencia constante de las revistas de negocios. Pocos años atrás, Seavers había abandonado su trabajo diario para dirigir su propia compañía farmacéutica, la SeaGen, con el objeto de dedicarse a un fin más alto: el desarrollo y la distribución de vacunas para luchar contra las enfermedades del Tercer Mundo. Pero, según parecía, Seavers había sido llamado de nuevo al servicio público.

—Una DARPA más joven según veo y, espero, más prudente —contestó Conrad, tendiéndole la mano.

Seavers se la estrechó con una fuerza tal que su mano le pareció de hielo. Y la mirada que le dirigió tenía todo el calor de un científico de bata blanca al observar una bacteria por el microscopio.

—Seguimos tomándonos la superioridad tecnológica de América muy en serio, doctor Yeats —comentó Seavers con una voz de barítono demasiado grave para su edad—. Y siempre nos vendrá bien un hombre con habilidades tan únicas como las tuyas.

—¿A qué habilidades te refieres?

—Corta el rollo, Yeats —los interrumpió Packard, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie podía oírlos. Luego se inclinó y añadió, carraspeando—: Cuéntanos el significado de esto.

—¿El significado de qué?

—De eso —contestó Packard, señalando el obelisco—. ¿De qué va?

—¿Y se supone que yo lo sé? —preguntó Conrad a su vez.

—Maldita sea, claro que lo sabes. Son signos astrológicos. Y números. Tú eres el más destacado astroarqueólogo del mundo.

Sonaba divertido en boca de Packard: astroarqueólogo. Pero en eso era en lo que se había convertido, en un arqueólogo que utilizaba los alineamientos astronómicos de las pirámides,

templos, y otros hitos antiguos para fechar su construcción y estudiar la civilización que los había erigido. Sin duda, su especialidad no lo había hecho rico. Pero con el correr de los años le había proporcionado su propio *reality show* televisivo, «Antiguos enigmas del universo», ya cancelado, además de aventuras exóticas con jóvenes admiradoras y una gran pericia en el despilfarro de cantidades obscenas de dinero ajeno, en su mayor parte del «tío Packard».

—Eh, sois vosotros los que habéis organizado el funeral—dijo Conrad—. ¿No lo han podido descifrar tus brillantes expertos en criptografía del Pentágono?

Seavers echaba humo, pero no dijo nada. Conrad suspiró y añadió:

—Por lo que sabemos, señor secretario, este obelisco no es sino otra broma pesada para enviarnos a dar la vuelta al mundo en busca de pistas que nos lleven a una estatua de papá en la que nos enseñe a todos el dedo anular.

—Conoces a tu padre mejor que eso, hijo.

—Mejor que tú, evidentemente, cuando ni tú ni tus expertos en criptografía han logrado descifrarlo. ¿Por qué te importa tanto?

—Tu padre fue piloto de pruebas, astronauta y jefe de la DARPA—contestó Packard amenazador—. Todo lo relacionado con él es de vital importancia para la seguridad nacional.

—La doctora Serghetti es la verdadera experta en este tipo de cosas—dijo entonces Conrad—. Pero por más que miro, no la veo por aquí.

—Pues procura que siga así—contestó Packard—. Este es un secreto de Estado, y la hermana Serghetti es un agente de un poder extranjero.

—¿Así que ahora, de pronto, el Vaticano es un poder extranjero?—preguntó Conrad, parpadeando perplejo.

—Yo no veo al papa seguir las órdenes del presidente, ¿y tú?—argumentó Packard—. No tienes nada que compartir con esa chica. Y espero que me informes de cualquier intento que haga por restablecer el contacto contigo.

Ojalá, pensó Conrad.

—¿Por qué no te limitas a hacer tu trabajo, señor secretario, y asignas a la pobre y esforzada milicia americana misiones como la guerra del terror o las verdaderas amenazas para la paz? —soltó Conrad—. Piérdete. No tienes ningún derecho sobre mí.

—Tú no tienes ni idea de qué maldito derecho tengo sobre ti, hijo —contestó Packard que, inmediatamente, se marchó con Max Seavers.

Había comenzado a lloviznar, pero Conrad contempló a la pareja bajar por la colina hasta encontrarse con los agentes del Servicio Secreto que, a modo de bienvenida, los escoltaron con los paraguas abiertos hasta un grupo de limusinas, coches civiles y todoterrenos. Conrad contó en total nueve vehículos aparcados en la estrecha calle. Antes del funeral solo había ocho.

Uno a uno los coches fueron desapareciendo hasta que quedó únicamente una limusina negra. Sin duda, no era el taxi que él había pedido. Lo esperaría dos minutos más y, de no aparecer, bajaría hasta la puerta principal del cementerio y buscaría otro.

Conrad examinó el obelisco bajo la lluvia.

—¿En qué pretendes meterme ahora, papá?

Fuera cual fuera la respuesta que buscaba, de un modo u otro su padre se la había llevado con él a la tumba cuatro años atrás.

Conrad se dio la vuelta y comenzó a bajar en dirección a la calle, y al llegar junto a la limusina la salpicó a propósito: los chicos de Packard podían tomarse el día libre.

Sintió una extraña electricidad en el aire incluso antes de reconocer al fornido Benito tras el volante. Entonces la ventanilla se bajó y vio a Serena Serghetti sentada en el asiento de atrás. El corazón le dio un vuelco.

—No te quedes ahí, amigo —dijo ella con su marcado acento australiano—. Vamos, sube.